

La construcción del “imperio de libertad” continental estadounidense entre la rivalidad y la concertación europea (1800-1865)

The construction of the North American “empire of liberty” amidst European rivalry and cooperation (1800-1865)

José Luis Neila Hernández¹

Universidad Autónoma de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7598-9878>

Recibido: 20/02/2026

Aceptado: 24/03/2026

Resumen

El tiempo que transcurre entre comienzos del siglo XIX y la clausura de la Guerra de Secesión consolidan e institucionalizan procesos axiales en la construcción de Estados Unidos como nación e imperio. La expansión continental y su proyección marítima, primero hacia el Atlántico y luego hacia el Pacífico, escenifican el Destino Manifiesto que acabaría por formular textualmente los componentes providencialistas ya presentes en la fundación de la República. Un proceso de construcción imperial, objeto de un apasionante debate historiográfico, que en modo alguno transita ajeno al eurocentrismo del sistema internacional.

Palabras-clave: Estados Unidos, imperio, equilibrio de poder, frontera, Destino Manifiesto

Abstract

The period between the early 19th century and the end of the Civil War consolidated and institutionalised pivotal processes in the construction of the United States as a nation and an empire. Continental expansion and its maritime projection, first towards the Atlantic and then towards the Pacific,

¹ (jose Luis.neila@uam.es). Página web: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=179744>

embody the Manifest Destiny that would eventually articulate in explicit terms the providentialist components already present at the founding of the Republic. An imperial construction process, the subject of a fascinating historiographical debate, which in no way proceeds independently of the Eurocentrism of the international system.

Keywords: United States of America, Empire, Balance of Power, Frontier, Manifest Destiny.

Introducción

En 1850, recién terminada la guerra con México, Herman Melville escribía en uno de los pasajes de su novela *White-jacket* –basada en su año largo de servicio en la fragata USS *Neversink*– que “the past is a text-book of tyrants; the future is the Bible of the Free”. Aquellas palabras que habían brotado en la febril turbulencia providencialista del Destino Manifiesto retratan un imaginario hipernacionalista e imperial corporeizado en el asalto colonizador a las costas del Pacífico. Un episodio más en el expansionismo continental que acompañó a la construcción nacional de la joven república imaginada en el “Empire of Liberty” evocado y acuñado por Thomas Jefferson en 1780.

Sería precisamente Thomas Jefferson quién inaugurase el nuevo siglo desde la presidencia de la joven República. Al asumir la responsabilidad ejecutiva el 4 de marzo de 1801 heredaba y asumía una agenda de política exterior en la que había jugado un indiscutible protagonismo. Una agenda proyectada hacia un vector atlántico (marítimo) articulado en torno al principio de libertad de los mares y de libertad de comercio, y otro vector continental, codificado desde la invocación del principio de colonización y expansión sobre el que se proyectaría la construcción nacional e imperial de la República. En estos dos ejes se entretejerían mitos y claves interpretativas fundamentales en las narrativas y debates sobre la política exterior y la propia identidad de la República: el mito del aislamiento y la singularidad de Estados Unidos; y las conexiones textuales entre el expansionismo, la frontera y el providencialismo del Destino Manifiesto.

La tesis desde la que abordamos el presente estudio comulga con los planteamientos revisionistas en torno a la condición imperial de Estados Unidos, remontándonos a la propia genealogía de la República en su lance fundacional y analizando desde este prisma la constitución de la república imperial continental en el curso del s. XIX hasta la crisis de sobreexpansión imperial escenificada en la cruenta Guerra de Secesión (1861-1865).

Una construcción nacional e imperial articulada desde la reivindicación de la singularidad y la distancia respecto a Europa y sus prácticas de poder y, sin embargo, incardinadas, aunque sea desde unas coordenadas marginales, en las prácticas del equilibrio de poder y del Concierto Europeo.

La república imperial transcontinental en los márgenes de un mundo eurocéntrico

El componente excepcionalista y providencial presente en la cultura estadounidense desde sus orígenes y codificado en el relato historiográfico en torno a la construcción nacional y el devenir histórico de la República no debe ocultar, como bien advierte la historiadora Carmen de la Guardia, que “las corrientes culturales, los ritmos económicos, los movimientos y los conflictos sociales son similares a los del resto de América y Europa” (Guardia, 2009: 11).

Desde un plano geopolítico, pero inserto en la globalidad de los procesos revolucionarios del mundo atlántico desde el último tercio del siglo XVIII, la independencia de las trece colonias británicas en América del Norte escenificó la lógica operativa del equilibrio de poder a tenor de la internacionalización de la guerra y los cálculos de los diferentes actores. Los americanos, tal como advierten A.E. Campbell y Richard Dean Burns, tras la independencia eran conscientes de que el equilibrio de poder europeo había jugado un papel importante en su victoria. El discurso de despedida de George Washington abundaba en la sincera amistad y comercio con todas las naciones y sancionaba no la intencionalidad de una política de aislamiento, sino la política de *non-alignment*, evitando la conclusión de compromisos y alianzas permanentes (Campbell y Burns, 2002: 132).

En el siglo XIX la lejanía geográfica respecto a las disputas europeas, al menos hasta el desarrollo de las comunicaciones y de los transportes modernos, favorecería las expectativas estadounidenses en torno a su seguridad. Tan sólo la posición del imperio británico en América del Norte y el Caribe, y tesisas críticas como la segunda guerra con Estados Unidos en 1812-1814, o en menor medida la inquietud generada por las aspiraciones americanas de Napoleón ilustraba la réplica de las sacudidas del equilibrio de poder y luego del Concierto Europeo al otro lado del Atlántico. Estados Unidos desde su marginalidad respecto al sistema de poder europeo “could benefit from the balance of power without being fully conscious of it. The European state made little effort to involve the United States in their concerns” (Campbell y Burns, 2002: 132).

La construcción nacional y la expansión territorial de Estados Unidos en el curso del siglo XIX ha alentado un apasionado debate académico en torno a su naturaleza imperial. Una controversia más polémica, si cabe, al abundar

en torno a la condición imperial de la república transcontinental desde sus orígenes hasta la Guerra de Secesión.

El marco interpretativo tradicional, que sería dominante especialmente en el ámbito de la historia diplomática entre la década de 1960 y finales de siglo, se había codificado desde las tesis en torno al mito del aislacionismo en la política exterior estadounidense desde sus orígenes y, por lógica, impermeables a cualquier asociación de la política estadounidense con la práctica imperial. Se acrisolaba una visión dicotómica de la política exterior, bien fuera para distinguir diferentes ciclos entre aislacionismo e internacionalismo o bien para diferenciar un primer ciclo aislacionista y otro posterior internacionalista, tal como postulan, entre otros autores, Arnold Wolfers, Lawrence Kaplan o Stanley Hoffman. En esta línea, autores como Paul L. Atwood, situarían el gozne en la articulación del primer proyecto imperial americano en el tránsito de entre siglos, tras la clausura del censo de la frontera y a tenor de la práctica política del imperialismo, la proyección de la “frontera tropical” y la promoción de la política de *open door* (Atwood, 2010: 8-16).

Desde una perspectiva liberal, Joseph S. Nye responde a la atribución del componente imperialista a la política estadounidense que emergería desde ciertos círculos ideológicos tanto a la izquierda como a la derecha. A su juicio, “resulta escasamente razonable y lógico considerar a Estados Unidos como un imperio en el sentido en que concebimos a los imperios europeos de ultramar, que alcanzaron su cénit a finales del siglo XIX y principios del XX” (Nye, 2003: 23-26). A diferencia de los europeos y la práctica del colonialismo, la mayoría de los estadounidenses están persuadidos de que su dinámica expansiva se orienta más a “corregir la forma de pensar y actuar de los demás” que a ejercer una dominación directa y la explotación de los recursos de pueblos no civilizados o menos desarrollados en términos civilizacionales (Payne, 2009: 49-50).

El viejo paradigma presenta una contradicción inherente. Considerar que la expansión continental en el curso del siglo XIX se había consumado al amparo de una política exterior aislacionista sólo es coherente desde un relato que atiende a la empresa continental como parte de la historia doméstica y ajena a los actos de la política exterior. Sin embargo, como acertadamente argumenta Hilde Elliasen Restad, estas tesis suscitan una doble contradicción: en primer término, no es sostenible la idea del aislacionismo respecto a las potencias europeas sopesando sólo la política exterior atlántica de Estados Unidos, ya que las grandes potencias europeas están presentes en el hemisferio occidental a tenor de sus posesiones coloniales; y en segundo lugar, no resulta del todo convincente insertar el expansionismo continental bajo el relato de la ejemplaridad evadiendo analogías con los comportamientos coloniales e imperiales de las potencias europeas, como cabría proyectar hacia las políticas

de remoción indias, la guerra entre Estados Unidos y México o la obsesión por Cuba (Restad, 2012: 63-64).

Una aproximación crítica en línea con el revisionismo historiográfico se fue asentando desde la década de 1960 en el ámbito académico. La conocida *Wisconsin School* de historiadores revisionistas, liderada por William Appleman Williams desafiaron el relato historiográfico del aislacionismo. La expansión continental durante el siglo XIX y la ideología desde la que se acrisoló, coinciden en afirmar William Appleman Williams y David S. Painter, fue de hecho la construcción estadounidense de un imperio (Williams, 1959 y 2000; Painter, 1993). Esa inercia expansiva hacia el Oeste, tal como afirma Bradford Perkins, sería directamente heredera de la política del imperio británico en América del Norte (Perkins, 2000: 3-4).

Desde el mismo nacimiento de la República existiría una “urgencia imperial” que se polarizaría en los territorios transapalachienses del Oeste, de modo que la cuenca del Misisipi se erigiría en el corazón del imperio americano. En esa misma línea se insertarían las aportaciones de William E. Weeks (1993). De acuerdo con los planteamientos de la tesis revisionista 1898 no fue tanto el punto de partida del imperio estadounidense, sino su culminación a tenor de la construcción del imperio transcontinental (Restad, 2012: 66-67). El autor propone tres concluyentes razones para categorizar historiográficamente el “American Empire”.

Los padres fundadores, en primer término, recurrieron al término imperio. No sólo Thomas Jefferson y el ya mencionado “Empire of Liberty” sino también el propio George Washington, quién concebía a Estados Unidos como un “rising empire” en la medida en que constituía un “extensive dominion destined to grow in population, territory, and power”. Se veían, asimismo, como herederos de una tradición destinada a exportar su forma de vida al mundo (Weeks, 2013: XVII-XVIII). James Madison precisaba en *Federalist 14*, que los estadounidenses en su proyección continental “would remain ‘fellow citizens of one great respectable and flourishing empire’” (Onuf, 2011: 12).

El término imperio, en segundo lugar, es un término idóneo para analizar la creación de la República transcontinental en medio de rivalidades imperiales. Estados Unidos “shared this tendency in common with other European empires that sought to defeat their rivals in the name of their own distinct imperial projects. Americans equated their empire with progress, Civilization, and, above all, freedom”. La construcción del Estado-nación en Estados Unidos se materializó por medio de la conquista de pueblos –pueblos nativos, hispanos y franceses, principalmente–, quienes fueron incorporados sin su consentimiento, obligados a abandonar sus estilos de vida y que, en algunas ocasiones, fueron realojados en las lejanas tierras del Oeste y, en otras, fueron amenazados con la aniquilación (Weeks, 2013: XIX). Otras voces académicas son más prudentes a

la hora de puntualizar y matizar el uso del concepto de imperio en esta primera hora de la construcción de Estados Unidos. Edward M. Bennet argumenta que “in the American experience colonialism did not exist while the United Nation was annexing contiguous areas on the continent of North America, for the areas being colonized were recognized as territories destined to be incorporated into the United States as an integral part of the nation” (Bennet, 2002: 286). En cualquier caso, mostraría ciertas analogías con ciertas prácticas imperiales como la ejercida por el imperio británico en Australia o en la India (Healy, 2002: 217).

La tercera y última razón acerca de la conveniencia del término “American Empire” sería su potencial explicativo para analizar el dominio territorial -continental- de Estados Unidos. En este sentido, los territorios imperiales del Oeste habilitarían una ingente fuente de riqueza y oportunidades para los estadounidenses. “The development of the states would have been very different without the western imperial territories as a safety valve to defuse and diffuse social and economic crises”, como ya ocurriera en el Pánico de 1837 y la vía de salida con la fiebre de Oregon (Weeks, 2013: XIX).

La aproximación imperial a la historia de Estados Unidos no sólo facilita una mejor integración explicativa de los asuntos domésticos y su política exterior, sino que tiende pasarelas a la construcción de un relato historiográfico que facilita la comprensión de la dimensión transnacional y transfronteriza de la historia estadounidense en este periodo fundacional de la República hasta la crisis de sobreexpansión imperial que deflagró la Guerra de Secesión.

La agenda atlántica y el mito del aislacionismo: la libertad de los mares y la libertad de comercio

Entre muchos estadounidenses es muy habitual la percepción de la persistencia de una tradición aislacionista que se quebraría con la II Guerra Mundial para embarcarse en un internacionalismo hegemónico. El término aislacionismo tiene, en sí mismo, un origen relativamente reciente. Su irrupción en el debate público referido a la política exterior cristalizaría en 1922 cuando fue utilizado por Edward Price Bell, corresponsal en Londres del *Chicago Daily News*, en un artículo titulado “American and Peace” en el que criticaba la negativa actitud estadounidense respecto a la cooperación internacional (Jonas, 2002: 337).

La literatura académica en torno al aislacionismo, puntualiza Manfred Jonas, tendría su acta fundacional en 1924 con motivo de la publicación de un ensayo “The Historical Background of the American Policy Isolation” realizado por J. Fred Rippy y Angie Debo. No obstante, el término no sería usado de

modo prominente hasta 1935, en el contexto de las leyes de neutralidad. Entre las décadas de 1940 y de 1960 el término concitaría un acentuado interés en medios académicos (Jonas, 2002: 337-338).

En conexión con la valoración tradicional en torno al mito del aislacionismo Jerel A. Rosati y James M. Scott desmitificarían esta interpretación en el ciclo de la política exterior. Aun tratándose de un aislamiento parcial hacia la política europea sería un argumento discutible, pues Estados Unidos nunca pudo evitar verse implicado en la política europea, ya fuera en América del Norte ya fuera en el Atlántico (Rosati y Scott, 2011: 15).

En la historiografía acabaría por solidificarse el uso de conceptos, como el distanciamiento o el alejamiento, más rigurosos conceptualmente para analizar la herencia intelectual en la formulación y ejecución de la política exterior en los primeros lances de la República, derivados de los discursos presidenciales de George Washington en 1796 o de Thomas Jefferson en 1800 acerca de las virtudes de la neutralidad y el propio aprendizaje internacional de la Revolución Americana y la posición estadounidense hacia las guerras revolucionarias en Europa (Jonas, 2002: 340).

No sólo asociado con la práctica de la neutralidad, sino también con la propia proyección continental, la dimensión económica y la evocación de la libertad de los mares y la libertad de comercio devendrían en claves fundamentales a la hora de analizar la naturaleza del distanciamiento –político-diplomático– respecto al equilibrio de poder y el Concierto Europeo.

Desde los inicios de la República la evocación y defensa de la libertad de los mares estuvo presente en las reflexiones y declaraciones de los padres fundadores, entre ellos Benjamin Franklin y John Adams que en 1782 y 1783 argumentaban que los mares deberían ser libres tanto en tiempo de guerra como de paz (Rappaport y Weeks, 2002: 111). La libertad de los mares entroncaría con el principio de libertad de comercio. Un nuevo sistema de relaciones comerciales en la sociedad internacional permitiría superar su condición salvaje hacia un elevado plano de moralidad y civilidad. Como otros profetas del progreso de su tiempo, afirman Peters S. Onuf y Nicholas Onuf, celebraban el advenimiento de un ámbito de predictibilidad y racionalidad en los asuntos humanos (Onuf y Onuf, 2000: 53-54).

Convencido George Washington, como otros padres fundadores, de las bondades del comercio, un comercio liberado de las ataduras del mercantilismo, para afianzar la paz entre los Estados era, asimismo, consciente de la capital importancia que éste revestía para la supervivencia y el futuro de la República. En suma, “they adapted -en palabras de Norman A. Graebner- the established principles of modern diplomacy to the peculiar needs and advantages of the American republic” (Graebner, 2000: 26).

La figura de Thomas Jefferson –presidente entre 1801 y 1809 y amparado por una prolongada experiencia política y diplomática– sería crucial en la formulación y la concepción de la política exterior estadounidense. Cómo les sucedería a otros políticos de la generación de la independencia recelaba de las potencias europeas, especialmente de Gran Bretaña ante el temor de que quisiera restaurar su poder sobre América del Norte. Su vocación expansionista se erigiría en uno de los ejes fundamentales de la política exterior y en un aliciente para la estabilidad y viabilidad de la república (Kaplan, 2000: 86). Los demócrata-republicanos estaban convencidos de que a menos que una nación nueva lograra su subsistencia económica su prosperidad dependería del mercado con el Viejo Mundo. En última instancia, su aspiración finalista era la promoción de un patrón de comercio internacional, basado en el libre cambio, alternativo al mercantilismo.

La política de neutralidad bajo las premisas de la libertad de los mares y de comercio, cristalizaría la aproximación entre Estados Unidos y Gran Bretaña, mediante la conclusión de un Tratado en noviembre de 1794. En su vertiente comercial lograba, en opinión de Alexander Hamilton, su objetivo primordial, la paz con Gran Bretaña. Aquel acuerdo sería juzgado muy negativamente por Thomas Jefferson (Tucker y Hendrickson, 2000: 82-84). Mayores serían, en cambio, las ventajas logradas del Tratado firmado con España en 1795 en San Lorenzo, en virtud de las cuales lograría mejorar la posición de la República en la demarcación de sus límites en el Sudoeste y los derechos de comercio y navegación en la desembocadura del Misisipi.

El efecto de aquellos tratados, especialmente el firmado con Gran Bretaña, afectaría a las relaciones con Francia, especialmente por las tensiones con navíos franceses y por las restricciones al comercio a los navíos norteamericanos en su acceso a las Indias Occidentales francesas. Aquel contexto de tensión se amortiguaría mediante la firma de la Convención de 1800 o el Tratado de Mortefontaine con el entonces primer cónsul Napoleón Bonaparte.

La posición internacional de Estados Unidos se tornaría delicada nuevamente a raíz de la declaración de guerra de Gran Bretaña a Francia en 1803. En 1804 comenzarían los preparativos para invadir Gran Bretaña, pero la flota franco-española que había de participar y proteger el desembarco sería vencida en la decisiva batalla de Trafalgar. En este marco, Estados Unidos, que eran la principal potencia comercial neutral, se vieron nuevamente impedidos para ejercer la neutralidad y desarrollar libremente el comercio con las partes beligerantes. Gran Bretaña y Francia obstaculizarían el ejercicio de la neutralidad y el libre comercio. Thomas Jefferson, ya en su segundo mandato, recurriría al comercio como un instrumento de coerción para que se respetasen los derechos de los neutrales. En 1807 tenía lugar la promulgación de la Ley del Embargo, en virtud de la cual se prohibía a los buques americanos zarpar hacia

puertos extranjeros, la exportación de productos norteamericanos por tierra o por mar y, asimismo, se canceló la importación de productos británicos.

En 1808 accedería a la presidencia James Madison, que había ejercido como secretario de Estado con Jefferson. Como sus predecesores trataría de aprovechar las tensiones entre las potencias europeas para obtener ventajas comparativas en la posición internacional de Estados Unidos. Los años de su presidencia vendrían marcados por la inestabilidad existente en el continente europeo a tenor de las sucesivas coaliciones contra Napoleón lideradas por Gran Bretaña y la crítica situación de España, como consecuencia de la invasión de las tropas francesas en 1808.

Las delicadas relaciones con Gran Bretaña empeoraron como consecuencia del fracaso de la Ley de Embargo, cuyos efectos fueron muy nocivos para la economía estadounidense. Asimismo, el apresamiento de los navíos norteamericanos y el sentimiento de humillación generado por aquellas prácticas tenderían a acrecentar la anglofobia en la sociedad estadounidense. Emergería entonces una nueva generación de líderes de perfil nacionalista, como John C. Calhoun, Richard M. Johnson y Henry Clay, que agitarían la confrontación con Gran Bretaña.

Las motivaciones expansionistas desempeñarían un papel relevante, de modo que los círculos más proclives a la expansión territorial estaban convencidos de que estando sumidas España y Gran Bretaña en la guerra contra Napoleón, si estallase una guerra contra aquellas potencias en América del Norte, tendrían grandes dificultades para desviar recursos y hacer frente a las operaciones militares en América (Guardia, 2009: 111-112). Las hostilidades no obedecieron solo, en opinión de Steven Watts, a cálculos políticos, sino que su gestación hay que plantearla en el laberinto de las pasiones y la psicología social, las aspiraciones culturales y la experiencia colectiva de la joven República. La guerra devino en un contexto de fervor patriótico que percibía la guerra como una vía para superar las divisiones partidistas (Watts, 2000: 148 y 152-154).

El 18 de junio de 1812 los Estados Unidos declaraban la guerra a la antigua metrópoli, tras 17 días de debate –el debate más largo de la historia estadounidense–. La fase inicial de la guerra se desenvolvería en la frontera septentrional mediante la invasión sin mucho éxito de Canadá. La situación tendería a agravarse desde 1814 tras la derrota de Napoleón en Europa, lo que permitiría a Gran Bretaña disponer de más efectivos para la guerra. La situación se tornaría crítica con la ocupación y saqueo de la capital federal, Washington. El curso de la guerra fue más positivo en el flanco sur de la cuenca del Misisipi.

Las hostilidades terminarían con la firma de la Paz de Gante el 24 de diciembre de 1814, en virtud de la cual ambas partes reconocían mutuamente las fronteras de 1812. El final de la guerra determinaría un cambio de rumbo

en las relaciones entre ambos Estados, promoviendo un *modus vivendi* para la cohabitación de sus intereses económicos.

Asimismo, la defensa de los principios de libertad de los mares y de comercio habían llevado a Estados Unidos a la guerra con Trípoli entre 1801 y 1804. La captura por parte del bajá de Trípoli de fragatas norteamericanas violaría los acuerdos precedentes que permitían a los navíos norteamericanos comerciar y transitar cerca de las costas de los Estados musulmanes del Mediterráneo. El presidente Thomas Jefferson se embarcó, sin la aprobación pertinente del Congreso, en diversas acciones navales en el Mediterráneo, que culminaría con la conquista de Trípoli en 1805. Era la primera guerra estadounidense fuera del hemisferio occidental (Rappaport y Weeks, 2002: 112-113).

La agenda continental: frontera, expansionismo, providencialismo e imperio

La codificación del Destino Manifiesto en la década de 1840 fue la expresión más elaborada del excepcionalismo estadounidense y el expansionismo continental, pero sus mimbres narrativos se extienden a los propios lances fundacionales de la República.

Genealogía de la expansión continental en los márgenes del eurocentrismo del sistema internacional

La centralidad de la cuestión fronteriza y la extraversión territorial de la República ya se había puesto de manifiesto en el proceso revolucionario que se consumaría con la independencia y en los artículos de la Confederación y de la Constitución de 1787. En la década de 1790 los líderes federalistas, entre ellos Alexander Hamilton, se mostraban preocupados por las relaciones de vecindad con los imperios europeos en América del Norte y convencidos de que la prosperidad de la República dependía de la expansión hacia el Oeste (Conde, 2000: 115-116). Entre tanto, los líderes anti-federalistas –el futuro partido demócrata-republicano– mostrarían en las argumentaciones de algunos de sus portavoces –como George Clinton o Richard Henry Lee– su desconfianza hacia la expansión de la República y su deriva hacia un imperio (Guardia, 2004: 66). Sin embargo, cuando los demócrata-republicanos accedieron al poder federal asumirían la política expansionista en torno a la cuestión de Luisiana. Estaban persuadidos de la fe en el destino de América para construir en la terminología del propio Thomas Jefferson, un “imperio de libertad” (Conde, 2000: 117). En el sentimiento de Thomas Jefferson confluían la cultura expansionista, el providencialismo y sus convicciones republicanas.

Las aspiraciones comerciales norteamericanas sobre Luisiana se habían garantizado mediante la firma del Tratado de San Lorenzo o de Pinckey en 1795. Aquel acuerdo con la Monarquía Católica española, inmersa en una profunda inestabilidad metropolitana y en sus colonias, fue —como bien afirma Carmen de la Guardia— una de las “primeras grandes victorias de la diplomacia de Estados Unidos y sentó las bases para la expansión de Estados Unidos por América” (Guardia, 2009: 107-108).

Los planes imperiales de Napoleón se proyectarían en un imaginario cartográfico que desbordaba el perímetro europeo para proyectarse hacia el Creciente Fértil y hacia el continente americano. En 1801 obligaría a la Monarquía española a la retrocesión del territorio de Luisiana, que había permanecido en manos españolas desde 1763. Este giro sembró la inquietud en Thomas Jefferson pues la presencia de Francia en Luisiana representaba una seria barrera para la expansión y generaba razonables dudas sobre la validez de los acuerdos alcanzados con España. La administración norteamericana instruyó al embajador en París, Robert R. Livingstone para emprender negociaciones con Napoleón con el fin de preservar los acuerdos alcanzados con la corona española.

Era un momento crítico pues Francia pretendía movilizar una fuerza armada para trasladarla a Luisiana en tiempos de paz entre Francia y Gran Bretaña (Tucker y Hendrickson, 2000: 106-109). En 1803 Thomas Jefferson decidió el envío de James Monroe como ministro extraordinario ante París y Londres para buscar una solución a la crisis.

El curso de los acontecimientos favorecería las aspiraciones estadounidenses. En primer término, la revuelta esclava en Haití y la subestimación de su resistencia por parte de Napoleón. La propia situación de Haití y la situación del Atlántico se verían concernidas por el estallido de una nueva guerra entre Francia y Gran Bretaña en 1803, pues en este nuevo contexto Napoleón temía que pudiera perder con facilidad Nueva Orleans y Luisiana. Napoleón optó por su venta de modo que así podría sufragar parte de los gastos de la guerra. La oferta de Napoleón sorprendió a los negociadores estadounidenses, ya que no sólo ofreció Nueva Orleans sino todo el territorio de Luisiana. El precio acordado finalmente fue de 15 millones de dólares. Thomas Jefferson, como afirma Carmen de la Guardia, decidió que la “oportunidad precisaba de una decisión rápida”, asumiendo un protagonismo que luego sería emulado por otros sucesores de adoptar una actitud resolutiva en materia de política exterior sin contar con el Congreso. El Senado finalmente ratificaría la compra el 20 de octubre de 1803. Fue el mayor triunfo de la diplomacia de la era Jefferson.

El territorio adquirido permitiría a los Estados Unidos duplicar su tamaño y tendría profundas repercusiones en el proceso de construcción nacional y la experiencia fronteriza de la república. En palabras de Drew R. McCoy:

If the Louisiana Purchase removed some serious obstacles to the realization of Jefferson's republican empire, it also exposed some of the tensions and contradictions within that vision. Since the proper functioning of the empire required both westward and commercial expansion, an assertive, even aggressive, foreign policy would often be necessary to secure the republic. The Jeffersonians frequently boasted of the isolation and independence of United States; curiously, this claim obscured the fact that American republicanism demanded both an open international commercial order and the absence of any competing presence on the North American continent. The United States could isolate itself from foreign affairs and the potential for conflict only if it was willing to resign its tenacious commitment to westward expansion and free trade (McCoy, D.R.: 2000, 125).

El acomodo internacional de Estados Unidos al sistema del Concierto Europeo y la inercia de la Restauración sobre los cimientos del legitimismo y la contención de las revoluciones liberales-nacionales se acometería desde las mismas bases, atendiendo a sus aspiraciones tanto continentales como atlánticas en términos de seguridad y construcción nacional, expansión territorial y defensa de sus intereses comerciales.

La puesta en escena del Concierto Europeo, en su expresión más prístina, tendría lugar en la concertación de las potencias europeas en la diplomacia de los Congresos para contener la marea revolucionaria. Así se pondría de relieve en la contención e intervención, especialmente entre las potencias legitimistas, en los Congresos de Troppau en 1820 y Laybach en 1821 para someter las rebeliones liberales en las Dos Sicilias y El Piamonte y, poco después, para colapsar la experiencia liberal que había comenzado en España con el levantamiento de Riego en 1820 en el Congreso de Verona en el otoño de 1822.

En este telón de fondo cristalizaría el discurso de James Monroe ante el Congreso el 2 de diciembre de 1823, metabolizado en la cultura política norteamericana como la "Doctrina Monroe", aunque la auténtica autoría intelectual fue de su secretario de Estado John Quincy Adams. La intervención presidencial precisaba la actitud y la respuesta estadounidense ante dos situaciones que atañían a los intereses de Estados Unidos a partir de las aspiraciones rusas en la costa noroccidental de América y de la inestable situación política de España y el futuro de sus antiguas dependencias al otro lado del Atlántico.

El 28 de septiembre de 1821 tenía lugar la firma del Acta de Independencia de México y aquel mismo mes un decreto del Zar Alejandro I pretendía extender las prácticas mercantilistas de Rusia en un área de influencia desde Alaska hasta el paralelo 51 de la costa Noroccidental americana. La reacción de Gran Bretaña y de Estados Unidos es preciso valorarlas, en el primer caso, en el plano global de la competencia anglo-rusa a tenor de la expansión colonial británica en Asia y el proceso expansivo ruso hacia el Este que confluiría en este preciso contexto

en los intereses comerciales en litigio en la costa noroccidental americana. Y en el caso de Estados Unidos las claves devendrían en un marco estrictamente continental en virtud de los derechos comerciales y las expectativas de expansión sobre el territorio de Oregon sobre el que confluían los derechos e intereses de británicos, rusos y estadounidenses.

Tanto Londres como Washington manifestaron por vía diplomática sus protestas. Una de las cuestiones relevantes es la evolución del principio de no colonización en el curso de las discusiones. En los debates en torno a las instrucciones que debían ser enviadas en junio de 1822 al ministro estadounidense ante la corte zarista, Henry Middleton, el secretario de Estado, John Quincy Adams mostró su convicción de que Estados Unidos debían contestar a las reclamaciones rusas sobre el continente americano. El dogma del principio de no colonización –afín al principio de *open door*– sería la divisa con la que el representante norteamericano en la Corte de Saint James, Richard Russ, fue instruido para ponerse en contacto con el Gabinete británico, como parte interesada en la controversia.

La política de restitución del viejo orden emprendida en España con el retorno de Fernando VII era a aquellas alturas totalmente ilusoria puesto que en los primeros años veinte se había consumado la emancipación política de las antiguas colonias. A la altura de 1822 desde los Grandes Lagos hasta el Cabo de Hornos el continente presentaba un puzle de repúblicas independientes –salvo el caso brasileño– y donde perduraría todavía en la agenda de la emancipación Bolivia, Belice, Las Guyanas, además de Puerto Rico y Cuba en el Caribe español, entre los territorios más significativos.

La crisis de la metrópoli católica tras las consecuencias y el coste de la guerra de liberación alimentarían las ambiciones estadounidenses sobre los territorios adyacentes pertenecientes al imperio español, como trascendería en el futuro de Florida. Consumada la anexión de parte de la Florida Occidental por Estados Unidos en 1810, el general Andrew Jackson, siguiendo instrucciones del presidente James Monroe, reclutaría en 1817 una milicia en Tennessee e intervendría militarmente en Florida. Sumida la corona española en las guerras americanas y temiendo una nueva invasión acabaría por firmar el tratado de 1819 –el Tratado Transcontinental– en virtud del cual el territorio de Florida sería cedido a los Estados Unidos por 5 millones de dólares, fijaría las fronteras con los Estados Unidos al Este del Misisipi desde el Atlántico al Pacífico y cedería sus derechos sobre Oregon. “Estados Unidos –en palabras de Carmen de la Guardia– no sólo había logrado Luisiana, sino que también había arrojado a los españoles de Florida y además había pactado con los ingleses fronteras estables y la posibilidad de llegar hasta el Pacífico. Los cimientos para dominar la parte norte del continente americano eran firmes” (Guardia, 2009: 115).

En 1823 el primer ministro británico, Georges Canning intentó sin éxito pulsar la vía diplomática para evitar la intervención francesa en España. Reticente, asimismo, a una hipotética reedición de los pactos de familia, mostró su oposición a la intervención extranjera en las colonias. La diplomacia británica trataría, asimismo, de concertarse con la estadounidense ante el temor de que Francia intentase establecerse nuevamente en América y comprometerse a respetar la independencia de las repúblicas americanas.

Estados Unidos trataría de preservar su libertad de acción y se atendería a un patrón de acción similar al que había exhibido durante la crisis de Florida, tratando de aprovechar la debilidad de España para atender a sus ambiciones comerciales, territoriales y de seguridad. A diferencia de Gran Bretaña cuya influencia económica estaba sólidamente implantada en América Latina, en Estados Unidos no hubo una poderosa presión de las clases comerciales a favor de la independencia. Serían, por tanto, las consideraciones políticas –en opinión de Thomas Perkins- más apremiantes que las económicas (Perkins, 2000: 178-181).

La diplomacia estadounidense, como acertadamente subraya Carmen de la Guardia, se desenvolvería con mayor agilidad que la de las potencias europeas y, particularmente, de Gran Bretaña comprometida con el apoyo hacia los liberales españoles en el poder entre 1820 y 1823 y la exhibición de una mayor prudencia respecto al reconocimiento de la independencia de las nuevas repúblicas de la América española (Guardia, 2009: 116-117).

El colofón a esta política cristalizaría en el mensaje del presidente James Monroe al Senado el 2 de diciembre de 1823 en el que se concretaría todo este cosmos de conceptos y de gestos. El texto conectaría los mimbres de la cultura política impresa en el discurso de despedida de George Washington y la política exterior jeffersoniana en el sentido de enfatizar la inhibición por parte de Estados Unidos a participar y tomar parte en las guerras entre las potencias europeas, salvo que afectasen a los derechos e intereses de Estados Unidos. Cualquier movimiento que pudiera afectar a “este hemisferio” apremiaría a los Estados Unidos que consideraba que el “sistema político de las potencias aliadas es esencialmente diferente en este respecto que el de América”. En consecuencia, juzgaría “cualquier intento por su parte de extender su sistema a cualquier territorio de este hemisferio, como peligroso para nuestra paz y seguridad”. En palabras de William Appleman Williams el discurso de James Monroe era en sí mismo el “*Manifiesto of the U.S. Empire*” (Appleman Williams, 2000: 181).

El ciclo hemisférico de la política exterior: la frontera y la formulación del Destino Manifiesto

En las décadas que seguirían al mensaje del presidente James Monroe hasta la fractura de la Guerra de Secesión la dinamización de la expansión en la frontera acabaría por articularse plenamente en el plano intelectual y cultural a través del Destino Manifiesto. Un concepto que “was founded on the priority conviction of the uniqueness of the American nation and the necessity of an American empire” (Weeks, 1996: 61).

El intelectual que mejor supo transmitir y teorizar el expansionismo jacksoniano fue John Louis O’Sullivan, editor de *United States Magazine* y de *Democratic Review*. En 1837 fundó la *Democratic Review*, tras consultar a Andrew Jackson y Martin Van Buren, con el fin de promover el movimiento político e intelectual jacksoniano en los foros de la alta cultura, dominada por fuerzas conservadoras. No obstante, el órgano de divulgación alojaba en sus páginas a escritores y colaboradores lejanos a los planteamientos jacksonianos como Henry David Thoreau o Edgar Allan Poe.

La expresión del Destino Manifiesto aparecería por primera vez en el número de julio-agosto de 1845 de la *Democratic Review*, en cuyas páginas afirmaba que el cumplimiento de “nuestro destino manifiesto” es la extensión de Estados Unidos por todo el continente como una misión asignada por la providencia, para el desarrollo del “gran experimento de libertad y autogobierno”. Consideraba a Estados Unidos “the last order of civilization, which is democratic, received its first permanent existence in this country”. Una democracia que derivaba de la Cristiandad en sus referencias más prístinas. En suma, “Christianity, democracy, and jacksonian America –afirma Ander Stephanson– were essentially one and the same thing, the highest stage of history, God’s plan incarnates” (Stephanson, 2000: 242).

Un proceso histórico “natural” que legitimaría en la cultura política norteamericana la anexión de Texas, la guerra con México o las aspiraciones sobre Oregon en el camino hacia la americanización del continente. En el discurso de John Louis O’Sullivan subyacía un determinismo geográfico en el proceso expansivo estadounidense que se entretecía con un discurso teológico-providencialista y con una narrativa racionalista y cientifista (Stephanson, 2000, 244). El Destino Manifiesto, en términos geopolíticos, articularía y formularía el mito del imperio enraizado en la dialéctica jeffersoniana.

Los componentes geopolíticos y geoculturales del Destino Manifiesto en el discurso de John Louis O’Sullivan se filtrarían con las motivaciones económicas. La ambición del imperio continental –afirma Thomas R. Hietala– no sería una mera formulación de un nacionalismo romántico, sino que las aspiraciones territoriales suponían un prerequisite básico para el gobierno

republicano y para una economía y una sociedad basadas en la ambición individual, la movilidad geográfica y social y una fluida estructura de clases (Hietala, 2000: 247-248).

Las virtudes jacksonianas se proyectarían en el plano de la política exterior y frente a las potencias extranjeras bajo el paraguas de una retórica pacifista y liberal. En este sentido se criticaba la estrategia expansiva de Gran Bretaña, basada en la constante agresión, en su expansión en la India y Afganistán (Stephanson, 2000: 243).

Esta confluencia de imágenes de dialéctica excepcionalista se proyectaba, asimismo, sobre el propio universo social y político. De este modo la exaltación jacksoniana del pionero y la celebración de la expansión americana convergían con la noción del progreso americano. Estados Unidos, alejados geográfica e ideológicamente de Europa, trataba, bajo la dirección jacksoniana, de mejorar las instituciones democráticas, de utilizar los recursos de la tierra y demostrar al mundo la superioridad de un sistema que permitía a los hombres libres competir en una sociedad dinámica (Hietala, 2000: 248). El transcendentalista William Ellery Channing argumentaría que Estados Unidos expandirían su imperio mediante el ejemplo no por la conquista. Debería ser “a sublime moral empire, with a mission to diffuse freedom by manifesting its fruits, not to plunder, crush, and destroy” (Norton et alli, 2012: 337).

Una definición de Destino Manifiesto que ilustraría su carácter exclusivo y excluyente y en el que la práctica de la diplomacia y de la negociación no ocultaría el recurso a la violencia. Una violencia que en la retórica de la cultura política dominante, particularmente de los demócratas, tendería a exagerar la hostilidad y la amenaza europea hacia Estados Unidos y omitir la brutalidad y la violencia que acompañaría al proceso de expansión fronteriza. Así se pondría de manifiesto en la justificación de la guerra con México como una guerra defensiva, con la política hacia las poblaciones nativas de América del Norte o en la dialéctica excluyente interna hacia las minorías como los afroamericanos a través de la esclavitud.

Este sería el caso de los afroamericanos sometidos al régimen de esclavitud o el de los nativos norteamericanos. La “historia de los Estados Unidos de Norteamérica -como acertadamente afirman José Manuel Azcona y Miguel Madueño- se ha edificado una y otra vez sobre episodios polémicos como la dulcificada conquista del Oeste, un concepto que eufemísticamente ha ocultado la colonización de un territorio y el genocidio perpetrado sobre la población nativa que lo habitaba” (Azcona y Madueño, 2024: 9). Los presidentes Thomas Jefferson o John Quincy Adams defendieron como única solución al problema indígena el traslado de las tribus nativas hacia el Oeste. Andrew Jackson iría más allá en estas intenciones. En 1830 el congreso aprobaría la *Indian Removal Act*, por la cual se autorizaba al presidente a negociar intercambios de territorio

y aprobó un presupuesto para la compra y financiación de la operación. Su evacuación liberaría cien millones de acres para los colonos blancos.

La agenda de la expansión continental

El inicio del segundo gran ciclo expansivo en la frontera, tras la incorporación de Luisiana, tendría su primer episodio en el territorio de Texas en la década de 1830. Texas fue el primer territorio poblado por estadounidenses al Oeste del río Misisipi a tenor de la firma del Tratado Adams-Onís de 1819. Los nuevos colonos –unos veinte mil a la altura de 1830– tenderían a preservar su lengua, sus costumbres y sus creencias. En este bagaje figuraba la práctica de la esclavitud. Las tensiones entre los colonos y las autoridades mexicanas despertarían los anhelos tanto del presidente John Quincy Adams como de Andrew Jackson de comprar el territorio a la República de México.

Cuando accedió a la presidencia el general Antonio López de Santa Ana se enfatizaría la política centralizadora y de control de la angloamericanización de Texas. Los hechos violentos se acelerarían al socaire de la proclamación de un gobierno provisional por parte de los colonos anglos. El ejército mexicano se dirigiría a San Antonio y en marzo de 1836 asaltaría la fortaleza del Álamo. Entretanto una asamblea formada por 59 colonos anglos en el Este proclamaría el 2 de marzo de 1836 la independencia de Texas y elegía como comandante en jefe a Sam Houston.

La vocación del nuevo Estado era convertirse en un Estado miembro de Estados Unidos, pero el delicado equilibrio de la Unión a tenor del problema de la esclavitud dilataría el expediente de Texas, que fue reconocido por Estados Unidos como Estado independiente en 1837. No sería finalmente hasta el final del segundo mandato del presidente John Tyler, obsesionado con la anexión de Texas, cuando se resolvería dicha cuestión. El 28 de febrero de 1845 se aprobaría una resolución conjunta de las dos Cámaras del Congreso de Estados Unidos por la que Texas quedaba incorporada a la Unión.

Con James Knox Polk en la presidencia en 1845 la anexión de Texas abriría el capítulo de la incorporación de los territorios del Suroeste hasta la California mexicana, conjuntamente con el expediente de sus aspiraciones sobre los territorios de Oregon. La anexión de Texas no implicaba una inevitable guerra con México, sino que fue la consecuencia del estilo expansionista y agresivo de la diplomacia del presidente Polk. Su política expansionista se proyectaría en un estilo diplomático agresivo y sobreactuado (Pletcher, 2000: 259-262).

Durante la crisis la diplomacia estadounidense maniobraría comisionando al abogado y diplomático John Slidell, a la sazón ministro plenipotenciario en México, para negociar con aquel Gobierno el cumplimiento de los acuerdos bilaterales, entre ellos el pago de los plazos de la deuda. Si no fuera posible

satisfacerla, a sabiendas de las dificultades del erario mexicano, se proponía satisfacerla mediante la negociación de los límites fronterizos entre Texas y México y la compra de California y Nuevo México. Tras la estéril gestión diplomática, el siguiente paso en la escalada fue el envío de una fuerza expedicionaria a las órdenes del general Zachary Taylor a una zona reclamada por Texas, pero bajo jurisdicción mexicana, comprendida entre el río Nueces y el río Grande. Una breve escaramuza entre ambos ejércitos desencadenaría la guerra. En el discurso argumentativo del presidente para legitimar la guerra, como guerra defensiva, llegaría a contemplarse la posibilidad de que Gran Bretaña pudiera auxiliar a México a cambio de una venta o arriendo de California (Pletcher, 2000: 256-258; Pletcher, 2002: 373). El Congreso declaró la guerra a México el 13 de mayo de 1846.

La paz de Guadalupe-Hidalgo se firmaría el 2 de febrero de 1848 en virtud de la cual México cedió California y Nuevo México –territorios de los que emanarían los actuales Estados de California, Arizona, Utah y Nevada– y se impuso la rectificación de las fronteras de Texas en la línea definida por el río Grande con una indemnización de 15 millones de dólares. Estados Unidos materializaba la mayor anexión territorial tras la incorporación de Luisiana –840.000 km cuadrados–.

La agenda expansionista del presidente Polk tendría otro escenario predilecto, Oregon. Un inmenso territorio que comprendía lo que en la actualidad son los Estados de Washington, Idaho, parte de Montana, Oregon y la Columbia británica. La rivalidad entre británicos y estadounidenses había alcanzado un *modus vivendi* con el acuerdo de 1818 que reconocía la ocupación conjunta del territorio. En 1824 se había creado la Compañía de la Bahía del Hudson, dedicada a la explotación del comercio de las pieles y que había establecido una factoría estable en el fuerte Vancouver bajo pabellón británico, pero donde operaban tanto colonos británicos como estadounidenses. En 1843 se asistiría en Estados Unidos la “fiebre de Oregon”, donde se establecerían a la altura del año 1845 más de 5.000 colonos estadounidenses que presionarían a las instancias federales para que se negociara con Gran Bretaña y se establecieran las bases para regular los derechos de propiedad y los litigios entre vecinos (Guardia, 2009: 173-174). Los expansionistas en el Congreso defenderían la incorporación de todo el territorio de Oregon a Estados Unidos hasta el paralelo 54° 40'. Pronto se popularizaría la consigna “forty-four forty or fight”.

En esta ocasión, la gestión del litigio con Gran Bretaña se resolvería por la vía diplomática. Las reclamaciones estadounidenses no encontrarían acogida en el Gabinete británico, de modo que Lord Aberdeen ofrecería la prolongación de la frontera a lo largo del paralelo 49 N hasta Plugged Sound y de allí hasta el Océano Pacífico, permaneciendo la isla de Vancouver bajo soberanía británica. El presidente Polk, inmerso en plena guerra con México, firmaría el Tratado

de Oregon el 15 de junio de 1846 y sería ratificado por el Senado en 1848. Quedaba establecida de modo definitivo la frontera entre Estados Unidos y Canadá a lo largo de 4.828 km.

Un último episodio de la política expansionista de Polk se escenificaría en sus ambiciones sobre Cuba y Puerto Rico. La incorporación de Cuba, un territorio esclavista, agitaría aún más la preocupación por la estabilidad del sistema político estadounidense y por el enfrentamiento en torno a la política comercial entre los defensores y detractores del librecambismo (Guardia, 2009: 171-172). En el agitado contexto revolucionario de 1848 en Europa, el diplomático acreditado ante la Corte española debía prevenir al gobierno español del peligro revolucionario en Cuba y trasladar, a su vez, una oferta de compra de la isla por no más de un millón de dólares. Aquella oferta sorprendió a la Corte española, cuya respuesta fue rotunda en la negativa a la proposición estadounidense.

El balance de la política expansionista de la Administración Polk presenta en su haber: en primer lugar, la adquisición de un tercio de la superficie territorial actual, incluyendo Alaska y Hawaii; en segundo término, un incremento de sus recursos naturales que tendrían su primera incidencia en la fiebre del oro californiano en 1849; y en términos geopolíticos, la incorporación de los nuevos territorios y de sus litorales supondría el control de la costa Norte del Pacífico y del Golfo de México y un giro copernicano en el equilibrio de poder en el hemisferio occidental (Pletcher, 2000: 254). El último secretario de Estado texano Ashbel Smith vería en el tratado de paz con México el primer paso en un proceso histórico de competencia entre los pueblos anglosajones por dominar el continente: “it’s our destiny, our misión to Americanize this continent” (Pletcher, 2000: 255).

Además de los efectos demográficos y económicos de la guerra, una de las consecuencias más graves de la política de Polk se proyectaría sobre la propia homología de la Unión, puesto que la incorporación de los nuevos territorios percutiría sobre un tema sustancial para la estabilidad, el equilibrio y la unidad de la República, la cuestión esclavista con todo el bagaje político, social, económico y cultural que conllevaba. Por esta razón, Daniel Webster se había opuesto a la anexión de Texas y del mismo se opondría después a la anexión de Oregon. Intelectuales de sensibilidades políticas bien diferentes como John Calhoun, desde la tribuna política, y Ralph Waldo Emerson interpretarían la guerra con México como una gran tragedia para Estados Unidos. Éste último advertía desde las páginas de *Gazette and Times* en Nueva York que cuando la guerra exterior termine “the domestic war will begin” (Guardia, 2000: 175-176; Pletcher, 2000: 255-256).

El problema de la esclavitud desgarraba el tejido político de la República y así se haría visible en las elecciones presidenciales de 1848 en la propia fractura

interna tanto del partido Whig como del Demócrata. En las elecciones lograría la victoria el candidato del partido Whig, el héroe de la guerra con México Zachary Taylor. La solución de compromiso se alcanzaría en el Congreso en 1850 a tenor de la cual California, en plena efervescencia de la fiebre del oro de 1848, sería un Estado Libre. El primer Estado libre al Sur de los Estados Unidos. Los Estados de Utah y Nuevo México trasladarían la decisión a sus ciudadanos.

El colapso de los partidos tradicionales –Whig y Demócratas– y la irrupción del Partido Republicano dibujarían un nuevo espacio político en las elecciones a la presidencia de la República en 1860, en cuya cartografía se escenificaría la secesión y el estallido de la guerra civil, como expresión de una crisis de sobreexpansión imperial que sacudió los cimientos de la República.

La sobreexpansión imperial y la Guerra de Secesión

El triunfo en las elecciones presidenciales de 1860 del candidato del Partido Republicano, Abraham Lincoln, con un 39,8% de los votos era, asimismo, la primera victoria de un candidato del Norte sin soslayar las divergencias de opinión en torno a la esclavitud. El Sur no aceptó el resultado electoral, puesto que suponía que Estados Unidos mantendrían una política económica y social que sólo beneficiaría a los intereses del Norte industrial. Carolina del Sur aprobaría en Charleston una Ordenanza de Secesión el 20 de diciembre de 1860. Diez Estados más se unieron a Carolina del Sur separándose de la Unión y creando los Estados Confederados de América en febrero de 1861. Estos Estados eran, además de Carolina del Sur, los siguientes: Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana, Texas, Arkansas, Tennessee, Carolina del Norte y Virginia, aunque de este último se desgajaría Virginia Occidental como pro-unionista en 1863. Los portavoces del separatismo sureño acordaron reunirse en pleno en la ciudad de Montgomery –Alabama– el 4 de febrero de 1861, donde se formó la Confederación, cuyo presidente y vicepresidente serían Jefferson Davis y Alexander H. Stephens, respectivamente.

A pesar de los esfuerzos del presidente Lincoln, la guerra fue inevitable. El primer hecho de armas de la guerra tuvo lugar con motivo del envío de refuerzos del Norte a Fort Sumter (Carolina del Sur) en el mes de abril de 1861.

La Confederación contaba con una población de 9 millones de habitantes, de los cuales un tercio eran esclavos. Era una Confederación agraria y mal organizada. El propio sistema político confederal, respetando el dogma de los derechos de los Estados ya invocado en la doctrina de la Anulación de John Calhoun, minaba la eficacia del Gobierno confederal. La diplomacia confederada canalizaría su actividad en la obtención de suministros, su reconocimiento internacional e incluso la esperanza de la intervención en la

guerra de potencias extranjeras, especialmente en aquellas más sensibles a las exportaciones de algodón, caso de Gran Bretaña y Francia. La Confederación confiaba en que Gran Bretaña se viera forzada a intervenir para romper el bloqueo por su dependencia del algodón sureño o al menos a presionar para mediar con el Norte. Sin embargo, la industria textil británica estuvo bien surtida y de hecho no surgirían problemas de suministro hasta el año 1863. Para entonces el suministro de algodón se abastecía desde otros mercados – India y Egipto, principalmente– (Jones, 1995: 214-215). El primer emisario confederado enviado a Gran Bretaña y París, logró el compromiso de Napoleón III de reconocer a la Confederación si Gran Bretaña actuaba en idéntico sentido, pero el secretario del *Foreign Office* se negaría a recibirle (Tindall, 1992: 673-674).

El Norte, por su lado, agrupó a cuatro Estados esclavistas al borde de la línea Dixie-Mason –Delaware, Maryland, Kentucky y Missouri–. Los recursos humanos del Norte eran muy superiores, unos 20 millones de personas. Disponía, además, de una abrumadora superioridad económica al contar con el 90% de la industria del país y más del doble de las líneas ferroviarias, así como la mayor parte del capital financiero. Además, su poderío naval le permitió mantener abiertas las rutas hacia los mercados extranjeros y efectuar el bloqueo naval a los puertos confederados. El Norte presentaba, asimismo, una estructura política más cohesionada. Para ganar, la Unión precisaba conquistar una confederación esclavista tan grande como Europa occidental.

En el plano internacional Gran Bretaña proclamaría su neutralidad el 14 de mayo de 1861, aunque la sociedad fue muy sensible al desgarró de la guerra. La neutralidad británica determinaría en buena medida la actitud de otras potencias europeas, en especial Francia. La presión de la Confederación no surtió efecto y de hecho las compras del Norte generarían grandes beneficios en la economía británica a tenor de las adquisiciones de acero, municiones, productos textiles y los pedidos en los astilleros. La mayor parte de las clases dirigentes, tanto en el plano político como entre los sectores del comercio y la industria se decantaron por el Sur. Además de los sentimientos de proximidad con la plantocracia sureña, la quiebra de la unión suponía una gran ventaja en términos geopolíticos, ya que debilitaba a un poderoso rival. Por el contrario, obreros y campesinos, además de una buena parte de la intelectualidad, se identificaron con la causa de la Unión (Norton et al., 2012: 397).

Por su lado, Napoleón III, en una política secundada temporalmente por británicos y españoles, trató de restablecer en aquel contexto la influencia de Europa en América, con la justificación de defender sus intereses económicos. Napoleón III se quedó sólo en su empresa de apoyar a Maximiliano de Austria que aceptó a instancias de Francia la corona imperial. Francia, desde México, y España, desde Santo Domingo, como un lejano eco de la Santa Alianza,

ilustraban las viejas ensoñaciones metropolitanas de las monarquías europeas en América. El secretario de Estado estadounidense, William Henry Seward, ya había enviado una memoria a Abraham Lincoln el 1 de abril de 1861, un mes antes del inicio de la guerra civil, advirtiéndolo de las actividades francesas, británicas, españolas y rusas en el hemisferio occidental. Sin embargo, el talante más prudente del presidente se impondría sobre el temperamento más exaltado de su secretario de Estado. En el marco de la guerra civil, y en el caso particular de la política de Napoleón III en México, “war with France or even a threat of war, he decided, would not serve Union interests. Mexican affairs, like Caribbean matters, could wait until after peace had returned to the United States” (Brauer, 2002: 198).

Bibliografía

- Appleman Williams, William (1959): *The Tragedy of American Diplomacy*, New York, Routledge.
- Appleman Williams, William (2000): “Manifiesto of the U.S. Empire”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 181-183.
- Atwood, Paul L. (2010): *War and Empire. The American Way of Life*, New York, Pluto Press.
- Azcona, José Manuel-Madueño, Miguel (2024): *Las tribus indias de Norteamérica. Desmitificando el Oeste*, Córdoba, Almuzara.
- Bennet, Edward M. (2002): “Colonialism and Neocolonialism”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeal, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. I, New York, Charles Scribner’s Sons – Gale Group, 285-292.
- Campbell, A.E.-Burns, Richard Dean (2002): “Balance of power”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeal, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. I, New York, Charles Scribner’s Sons – Gale Group, 131-140.
- DeConde, Alexander (2000): “America’s pressure for Empire”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 115-121.
- Graebner, Norman A. (2000): “The Pursuit of Interest and a Balance of Power”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 23-26.
- Guardia, Carmen de la (2009): *Historia de Estados Unidos*, Madrid, Sílex.
- Healy, David (2002): “Imperialism”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeal, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. II, New York, Charles Scribner’s Sons – Gale Group, 217-224.
- Hietala, Thomas R. (2000): “Empire by Design, Not Destiny”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 247-253.
- Kaplan, Lawrence (2000): “The Treaty of Alliance with France and American Isolationism”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 46-55.
- Jonas, Manfred (2002): “Isolation”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeal, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. II, New York, Charles Scribner’s Sons – Gale Group, 337-351.

- McCoy, Drew R. (2000): “Ensuring a Republican Political Economy”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, pp. 121-126.
- Norton, Mary Beth y otros (2012): *A People & A Nation. History of United States*, Boston, Wadsworth Cengage Learning.
- Nye, Joseph S. Jr (2003): *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus.
- Onuf, Peter S. (2000): *Jefferson's Empire: the Language of American Nationhood*, Harlostesville, University of Virginia Press.
- Onuf, Peter S. (2011): “American Exceptionalism and National Identity”, en *American Political Science Association*, September 3, 1-28.
- Onuf, Peter S.-Onuf, Nicholas (2000): “Envisioning a New World Order: America's Progressive Internationalism”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 53-61.
- Paterson, Pat (2018): *Orígenes de la política exterior de EEUU*, Perry Center Ocasional Paper, marzo, 1-51.
- Painter, David S. (1993): “Making Connections”, en *Reviews in American History*, 21 (2), 267-272.
- Payne, Richard J. (2009): *La cultura de la violencia de EE.UU. Choques con culturas distantes*, Castellón, Ellago Ediciones.
- Perkins, Bradford (2000): “The Unique American Prism”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 2-8.
- Perkins, Thomas (2000): “Defense of Commerce and Ideals”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 174-181.
- Pletcher, David M. (2002): “Continental Expansion”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeval, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. I, New York, Charles Scribner's Sons – Gale Group, 365-376.
- Rappoport, Armin-Weeks, William E. (2002): “Freedom of the Seas”, en DeConde, Alexander.-Dean Burns, Richard-Logeval, Fredrik (eds.) *Encyclopedia of American Policy*, v. II, New York, Charles Scribner's Sons – Gale Group, 111- 122.
- Restad, Hilde Eliasson (2012): “Old Paradigms in History Die Hard in Political Science: US Foreign Policy and American Exceptionalism”, en *American Political Thought*, v. 1, spring, 53-76.
- Rosati, Jerel A.-Scott, James M. (2011): *The Politics of United States Foreign Policy*, Boston, Wadsworth Cengage Learning.

- Stephanson, Anders (2000): “The Ideology and Spirits of Manifest Destiny”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 241-247.
- Tindall, George B. (1992): *America. A Narrative History*, New York-London, Norton & Company.
- Tucker, Robert W.-Hendrickson, David C. (2000): “Hamiltonian Accomplishment, Jeffersonian Follies”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 77-85.
- Watts, Stevens (2000): “Crusade to Revitalize the American Character”, en Merrill, Dennis-Paterson, Thomas G. *Major Problems in American Foreign Relations*, vol. I, New York, Houghton Mifflin Company, 148-157.
- Weeks, William E. (2013): *Dimensiones de la temprana América, 1754-1865*, vol. I, en Cohen, Warren I. (ed.) *The New Cambridge History of American Foreign Relations*, Cambridge University Press.

